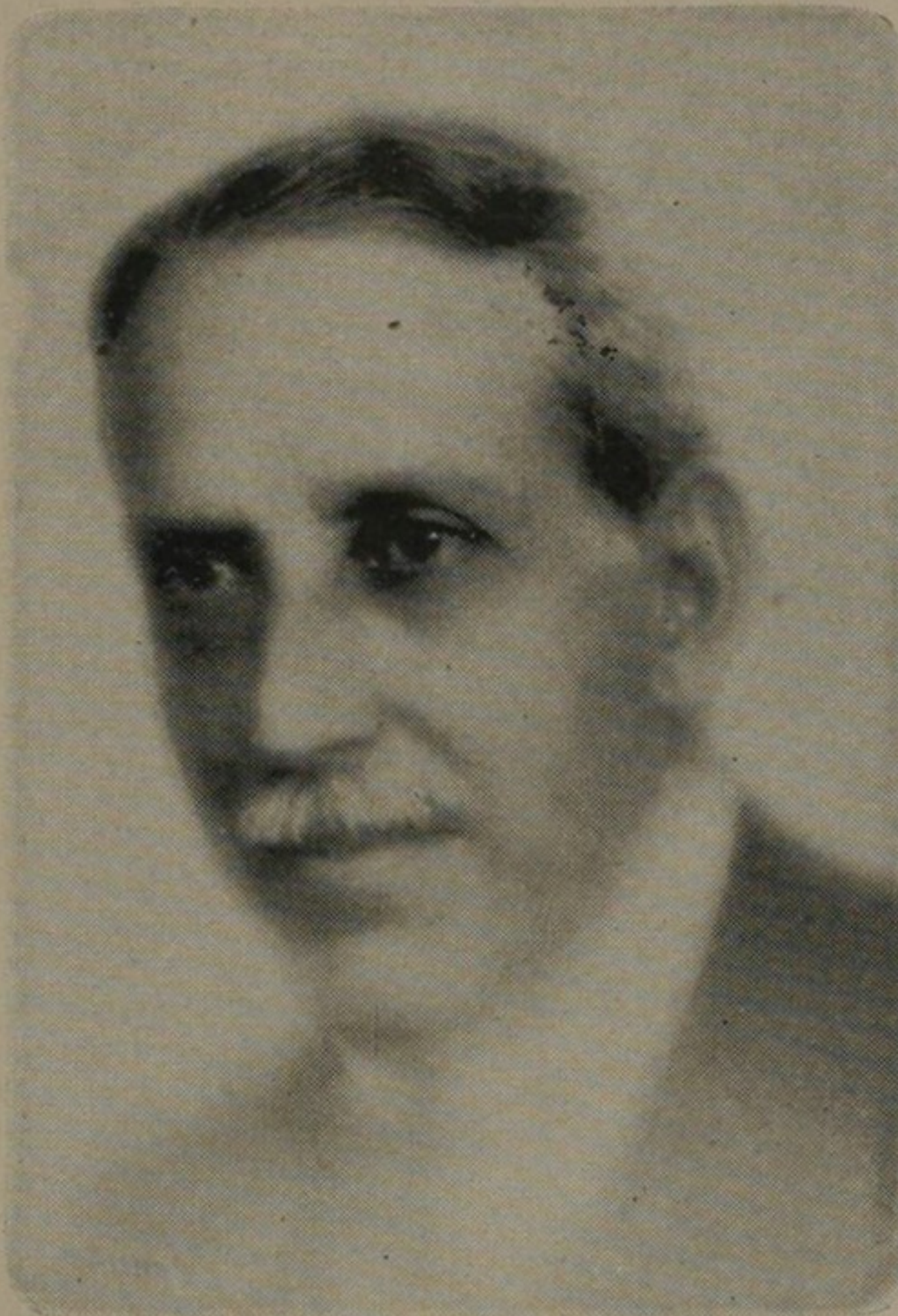


## El libro de un estadista

Alejandro Alvarado Quirós: *Ecos de la Vida Parlamentaria. Proyectos, iniciativas y discursos.* San José, Costa Rica. 1930.



Licdo. Alejandro Alvarado Quirós

La presencia en nuestro modesto rincón del nuevo libro del Lic. don Alejandro Alvarado Quirós: *Ecos de la Vida Parlamentaria*, ha producido en nuestro espíritu la misma impresión que pudiera traernos la presencia de un hijo de este ciudadano distinguido y amigo benevolente. Con el mismo placer que al hijo de carne y hueso, le hemos tendido la mano al libro, con el mismo cariño, con la misma solicitud. Y es que por las páginas del libro circula ardorosa la sangre que nutre la vida de un hijo: el autor le ha impreso el sello de su personalidad sobresaliente como hombre de pensamiento que llega a una curul parlamentaria investido con la representación del pueblo elector; y que en la curul ha sabido hacerse cargo noblemente de sus responsabilidades representativas. Al final de la jornada el Diputado no se siente dispensado de lo que para él es un deber de hombre honrado, de ciudadano honrado, y da cuenta al país de su actuación dentro del recinto del Congreso; hace un balance de su labor y la presenta sin ostentación a sus conciudadanos, para que la juzguen. Él no lo dice, pero se comprende que ese es su designio.

Efectivamente, este libro de ciento treintisiete páginas, editado en edición de lujo, contiene el trabajo que como diputado hiciera su autor en los cuatro años que comprende la elección.

Hacen de introducción unas *palabras preliminares*: un discurso del autor del libro en la reunión política de su partido. Este discurso contiene la plataforma, los puntos de vista, en que más tarde ha de colocarse el ciudadano electo. Siguen a continuación, como soldados de línea en el momento de presentar las armas, los discursos, los proyectos y las iniciativas del representante elegido, actuando ya en pleno campo de batalla. En todos ellos aparece el idealista enamorado del terruño; pero es este un idealista que se empeña en llevar a la práctica un principio, una idea redentora y a veces un

ensueño creador. Ni el optimismo exagerado lo hace perder o variar el verdadero concepto de las cosas, ni el pesimismo desdeñoso lo hace detenerse en la ruta trazada y quedar a la vera del camino como aparecen los censores criollos que nada encuentran bueno de cuanto existe o esté por hacerse, ni saben empeñar su saber o sus energías en empresa constructiva alguna, ni como individuos ni como unidades de la colectividad en marcha. No aparece tampoco el escéptico

R. Coto

San José, junio de 1930.

(Envío del autor)

recluido en los repliegues de un pensamiento hostil a cuanto le rodea. Sano, fuerte, jocundo se muestra el temperamento que campea en las páginas del libro. Todos los problemas nacionales, vitales y serios, relacionados de algún modo con las funciones de la Cámara de Diputados, el representante del pueblo los plantea, los aborda y los resuelve con el tacto del hombre preparado para tan delicada función, con tacto y con maestría. La cuestión ferroviaria, el asunto bananero, el grave problema de los empréstitos en el extranjero, la cuestión educacional, la cuestión consular, la canalización del Tortuguero, en todos se advierte el punto de vista superior en que el estadista se coloca al abarcarlos y el sentido previsor con que el hombre de estudio, serio y sensato los resuelve.

No quiere esto decir que nos satisfaga por completo su actuación, pues si bien es verdad que compartimos con su entusiasmo creador que clama por la erección de un monumento nacional—fuera del que ya tiene en el corazón de los buenos costarricenses—para el General Cañas, cierto es también que lamentamos que la ayuda concedida a la institución de Sión no hubiese sido otorgada en cambio en favor de alguna institución popular de las que de veras lo necesitan y que si son cimiento de la democracia costarricense a la cual este diputado consagra en el Congreso lo mejor de sus luces.

Hecha esta pequeña salvedad, confirmamos nuestra adhesión al representante del pueblo que una vez fenecido el período de su elección se presenta a rendir cuenta lealmente de cuanto pudo y supo hacer mientras la unción se mantuvo viva en el ciudadano. En su libro el señor Alvarado Quirós ha querido dejar constancia de su esfuerzo efectivo. Ese esfuerzo y la forma leal como el ciudadano lo detalla en su libro *Ecos de la Vida Parlamentaria*, ha de satisfacer sin duda a los lectores que alentaron una esperanza al dar el voto al ciudadano.

Yo creo que uno de los más hermosos espectáculos que nos es dado contemplar, es este de un hombre joven, inteligente, sano, fuerte y honrado moviéndose al frente de una gran empresa.

Y ayer a mí me fue dado este espectáculo.

Fue en el Instituto de Alajuela. La gran empresa es un Colegio de Enseñanza Secundaria con sus adolescentes y profesores, a cuya cabeza está Teodoro Picado.

Acudí allí con motivo del homenaje que el Instituto tributaba a don Joaquín García Monge, el maestro que se ha pasado la vida ofreciendo alta lectura al Continente de habla española.

Me había llamado la atención un homenaje por una labor que casi todos miran en Costa Rica con despectiva indiferencia y en una época en que—según me cuenta persona bien informada—un maes-

## Teodoro Picado

(Envío de la autora.)

tro de maestros predica entre nosotros a los jóvenes, la poca importancia de ser buen maestro y la mucha que hay en hacer dinero.

Y el homenaje resultó entusiasta y fervoroso, como organizado por personas para quienes estas cosas del mundo espiritual, tienen tanto valor, si no más, que el éxito en un negocio en el cual se ganan millones.

Desde el primer momento se comprende lo que significa la presencia de un hombre como Teodoro Picado entre este grupo de estudiantes. La energía que brota de su juventud, es contagiosa. Yo sentí un hondo deseo de volver a mis quince años, ser alumna del Instituto y trabajar y estudiar mucho bajo el ejemplo de esta hermosa fuerza encauzada por la inteli-

gencia y la meditación. Observé cómo los muchachos, sin saberlo, hablan como él, con sonora firmeza.

Al dar las gracias por el honor que se le tributaba, el Sr. García Monge contó algo que me conmovió profundamente. No repetiré con exactitud sus palabras pero sí su idea:

"Hace unos cuantos años viajaba yo en el tranvía. En el mismo carro iba Teodoro Picado a quien yo conocía bastante y con cuyo padre me ligaba una respetuosa amistad. Entonces Teodoro era un adolescente, y mi hijo no había sido todavía llamado a este mundo. Yo me dije al verlo tan sano y tan hermoso: si algún día yo tuviera un hijo, me gustaría que fuera como ese muchacho. Lo desee con infinita vehemencia y la vida parece haberme escuchado favorable: mi hijo es bueno, inteligente como él, y hasta físicamente lo encuentro parecido. Y al darme cuenta de